

Es extraño que ya una vez dentro del Sinaí, hacia el Serbal actual, la tribu israelita no avanzase más hacia el sudeste. Allí habría encontrado picos más elevados que el del Serbal y en un valle, entre estas alturas, un oasis que les habría parecido un verdadero paraíso: nos referimos al valle alto donde ahora está el convento de Santa Catalina. Lo probable es que tan bello sitio estuviera ocupado por una tribu más fuerte, ya que después de su visita al desierto de Sinaí, el pueblo de Israel vuelve al Desierto de Farán y después de detenerse unas veinte veces, llega al extremo del golfo Elanítico a Asión Gaber. Era un *emporium* madianita. Temerosos de permanecer en las ciudades, como todos los nómadas, no quisieron entrar en ella los israelitas.

Parece raro el itinerario que siguió Beni-Israel hasta entonces. Es probable que si los fugitivos hubieran encontrado en el camino algún terreno favorable, se habrían detenido. Una vez en Asión Gaber se encontraban frente a Arabia, lote poco envidiable y poblado, cuanto podía estarlo, por ismaelitas y cetureos. Entonces debieron pensar en volver hacia el país de Canaán, residencia de sus antepasados, no como extranjeros tolerados, sino como propietarios. La gratitud no es la virtud de las naciones. El amable proceder de los hittitas e hivitas con sus padres, se olvidó. Quizá entonces se esparcieron supuestos oráculos del dios de Betel, dios local de Palestina, o de Jehová, que habrían prometido a los antepasados de la nación el patrimonio de aquella tierra. Cada tierra pertenecía a un Dios que la cedía a quien quería. Si el dios de Betel había prometido realmente la tierra de Canaán a los Beni-Israel, la cosa era decisiva. El pueblo debió de tener sobre esto sus ideas preconcebidas, porque, entre el desierto por donde vagaban y el país de Canaán, había territorios poblados (Edom

y Moab), por donde tenían que internarse para llegar a Canaán y cuyos pobladores no serían por lo visto benévolo con unos hermanos separados de ellos durante siglos y por diferencia de aventuras.

El que desde entonces no fue por azar su itinerario, hace creer que esta idea se les ocurrió a los israelitas cuando llegaron cerca de Asión Gaber. A Canaán se dirigieron resueltamente. El camino más corto era ir por el Negeb, o sea por el sur. Efectivamente, desde Asión Gaber, los israelitas se dirigieron a Kades-Bernea, último lugar en que habían estado sus antepasados antes de dirigirse a Egipto. Ésta debió de ser la parte más penosa de su viaje. No recordaban ninguna de las estaciones intermedias entre Asión Gaber y Kades-Bernea, ya que verdaderamente no existe ningún punto de descanso en este camino terrible, desprovisto de ayuda alguna.

En Kades-Bernea había un hermoso manantial llamado el «Manantial del Juicio», quizá porque se le consultaba para deducir oráculos o juicios de Dios. Kades estaba en los confines de Edom, pero era una especie de estación común, y no una ciudad edomita. Allí fue donde, según parece, decidieron los jefes planes determinados para la conquista de Canaán, y se entablaron negociaciones con Edom. Los edomitas estaban ya organizados como reino. Los israelitas querían atravesar su territorio según las leyes de perfecta neutralidad, a lo que se negaron los edomitas. La situación empezó a ser crítica: los amalecitas apretaban desde atrás y los cananeos, viéndose amenazados, se aprestaron a la defensa. El rey cananeo de Arad, que era el más poderoso de aquellas comarcas, atacó a los israelitas y tomó varios prisioneros. El rey de Sefat también les derrotó, por lo que hicieron juramento de destruir más adelante aquella población y sus alrededores.

Al no poder atravesar de sur a norte el país de Edom, resolvieron los israelitas dar un rodeo por la frontera meridional, y pasando al sur del mar Muerto llegar al país de Moab. Dudoso es el itinerario que siguieron desde Kades hasta las fronteras de Moab. Parece que se inclinaron directamente al este, atravesaron el Ouadi Arabah, vagaron al este por localidades poco conocidas y se acercaron al país de Moab por su frontera oriental y el sitio llamado las «Ruinas de los Abarim». Llamábase Abarim las montañas o, mejor dicho, altas mesetas que forman el talud oriental del Mar Muerto.

¿Cómo fue, en aquellas circunstancias, el contacto de Israel con su hermano Moab? Probablemente semejante a los que había tenido con su otro hermano Edom. La desconfianza era la luz de aquel mundo lleno de odios y de codicias. Parece que los israelitas evitaron el paso por las tierras de Moab. Desde las ruinas de Abarún se dirigieron al barranco de Zared, y en vez de entrar en Moab, tomaron por el desierto. En Beer, el descubrimiento de un manantial, por medio de la varilla perforadora, dio origen a una canción que luego dio lugar a relatos milagrosos. Se supuso que Moisés hizo efectivamente salir agua del peñasco con sólo golpearlo con una vara.

Después el pueblo acampó en el barranco del curso superior del Arnón

que se llamaba Nahaniel o «barranco de Dios». Allí se hizo muy seria la situación. Estaban los israelitas en la frontera de Moab, Amón y los países ocupados por los cananeos. Amón era demasiado fuerte para pensar atacarlo, e Israel quería entonces no tener relaciones con Moab, de modo que se resolvió atacar a los cananeos y la masa armada se dirigió decididamente a la parte de Bamoth o de Daibon, de la que se apoderó al parecer sin ninguna resistencia.

Cuando salían del Nahaniel, los israelitas dejaban el desierto, la tierra de los nómadas, por países habitados regularmente. Ya habían entrado en aquella tierra, objeto de sus aspiraciones, de la que iban a apoderarse violentamente, pero cuya conquista debían legitimar convirtiendo un distrito medianamente dotado en la parte tal vez más célebre del planeta, en la tierra santa por excelencia, en la tierra más amada y echada de menos que hay en el mundo.

¿Cuánto tiempo hacía que habían dejado Egipto? Tal vez muy poco: lo calculamos en un año o año y medio. Fue una travesía del desierto, no una estancia en él; pero nunca hubo viaje más fructífero. Cada impresión de aquellos meses de crisis, tuvo grandes consecuencias en el porvenir. Pocos siglos después se levantaría el edificio del judaísmo entero sobre las leyendas relativas a la salida de Egipto, al desierto y al Sinaí.

A lo largo de este período debió de volver el culto a su sencillez patriarcal. En los lugares notables se erigían altares o cipos llamados *iad* (mano indicadora) o *nés* (contraseña de reconocimiento). El arca, mueble sagrado de procedencia egipcia, tomó importancia, y en ella se encerraron todas las cosas de valor. Era como el archivo portátil de la nación. Según unos conceptos que se remontan lo menos al siglo IX, el arca era llevada a bastante distancia delante del pueblo, en sus diversos campamentos. Conforme a las mismas tradiciones, cuando se levantaba el arca en brazos, se gritaba: «¡Levántate, Jehová, y dispérsense tus enemigos!» Al detenerse, en cambio: «¡Vuelve, Jehová, a los millares de Israel!» Poseemos, en efecto, un canto religioso cuyo motivo principal viene a ser ese grito, y que es el fragmento más singular de toda la literatura hebrea. Parece un eco lejano de viajes triunfales del dios viajero a través del desierto. En él el Sinaí, es como el lugar de la teofonía más alta. La gran oscuridad de estilo de este ditirambo indica su antigüedad, aunque en algunos trozos aparezcan sentimientos algo más modernos.

Probablemente durante las paradas se depositara el arca fuera del campamento en una tienda. Era lo que se llamaba *ohel moed* (tienda de reunión) u *ohel eduth* (tienda del testimonio). Quizá se fueran a buscar en ella juicios y oráculos divinos y a prestar juramento. Se suponía que Dios estaba allí personalmente. Se creía que una nube bajaba a la tienda, se quedaba a la entrada y hablaba con los jefes. Más comunicativo que el del Sinaí, el dios de la tienda se acercaba a la gente y hablaba con ella. El dios de Israel se humaniza; se convierte en compañero del hombre, y más que nada en compañero del débil y abandonado. Ya existía el *tabernaculum Dei cum hominibus*.

Sin embargo, todo esto apenas empezaba a germinar. Las institucio-

nes mostrábanse todavía muy vagas. La barbarie era extremada: el ministerio de los levís nada tenía de civilizador ni de moralizador. Los israelitas no utilizaban la escritura. Lo que entre ellos ocurría, aunque ya muy notable, no destacaba sobre la vida interior, original e intensa, de los demás pueblos teraquitas, ismaelitas y cetureos, que mostraban por los límites meridionales de Siria su filosofía zarandeada entre estos asertos contradictorios: «Dios es terno; el hombre vive cuatro días. Dios gobierna el mundo con justicia y omnipotencia, y sin embargo, la injusticia abunda en todas partes. Es temeridad en el hombre la queja, y sin embargo tiene derecho a quejarse.» Acababa la era patriarcal; empezaban las naciones; la sociedad humana perdía nobleza y bondad; necesitaba marcos cada vez más anchos y más fuertes.